

Tiempos difíciles.

Carta a quien la quiera leer.

No hace tantos años, corrían tiempos difíciles para el ser humano en nuestras tierras, la sombra de la guerra aun era muy alargada y sobre él se volaban todo tipo de males, pobreza, desigualdades sociales, luchas familiares y enfermedades. Una de la que más temor generaba la llevaba consigo un pequeño insecto, un mosquito que levantaba a últimas horas en los duros días de verano para llevarse consigo en su corta vida a compatriotas que nada tenían contra él, como si fuese una consecuencia más de la tan temida guerra. Fue entonces, cuando desde vecinos ricos, el ser humano encontró la luz, el interruptor se llamaba DDT y nadie podía presagiar la consecuencias tan catastróficas que tendría para todos nosotros.

Esta sustancia, el Dicloro-Difenil-Tricloroetano, acababa de forma muy eficaz con el mosquito *Anopheles*, portador del paludismo y traía la esperanza a una población rural que bastante tenía con encontrar que llevarse a la boca cada día. Era barato, fácil de conseguir y muy, muy efectivo, en ese momento todo eran ventajas...

Una vez más, el ser humano, se equivocó. Su historia, es comparable a la de un atleta, que cada vez que logra un triunfo, para lograrlo, pierde un amigo, la victoria nunca es total.

Esta vez la peor parte nos tocó en especial a nosotras, se sabía que era una sustancia muy tóxica, pero nadie investigó más allá, alguien imaginó que algo se perdería, pero pensó que el avance iba a ser tan grande, que esta pequeña derrota resultaría insignificante, que sería poca cosa, también se equivocó; la pequeña derrota casi acaba con nosotras y a consecuencia con el ecosistema entero, pues nuestra presencia es imprescindible, al igual que la de muchos pequeños compañeros que cayeron en combate.

Como iban a imaginar ellos, prepotentes seres humanos que siempre tienen la razón, que la cáscara de mi huevo, gracias a su milagrosa sustancia, se volvería fina como papel y que el simple gesto, tan natural como mi propia existencia, de sentarme sobre él para darle calor, me costaría acabar con la futura vida de mis propios hijos, ese huevo no aguantaba mi peso; no se si imaginan lo que siente una madre en esta situación, impotencia, desolación, yo no sabía que estaba pasando, pero por causas indirectas, aunque ejecutora directa, era asesina de mi futuro. Sabían de sobra que ese tipo de sustancias se disolvían en las grasas, tan difícil era imaginar que pasaría de mis presas, que se alimentaban de mosquitos y cada vez eran más escasas, a mi, para después, una vez muerta, yo misma convertirme en verdugo del que se alimentase con mi carne, cerrando este ciclo. Creo que no.

No quiero criticar, pues espero no pecar de ser como ellos, simplemente les pido ayuda, pido, que ya que son el animal más privilegiado de la

naturaleza, que son capaces de construir puentes que unen civilizaciones y puertas, no para cerrar, sino para abrir, sean capaces de pensar en nosotros, grandes o pequeños, de majestuoso vuelo o de alegre cantar o simplemente sin ninguna función aparente, aunque a la postre se demuestre que somos todos igual de importantes, aunque no igual de espectaculares. No pido que no avancen en su desarrollo, pero si exijo que no lo paguen con nosotros, pueden y saben como hacerlo para dejarnos ocupar nuestro lugar, llevamos muchos miles de años con ellos, podemos seguir varios miles más. Que los triunfos sean totales, sin perder amigos en la victoria.

Alguno de ellos dijo en una ocasión, "sólo hay dos cosas infinitas, el universo y la estupidez humana", estoy segura de que muchos de ellos están deseando quitarle la razón.

Manuel Martín Fernández
13/11/2008
Salvatierra de Santiago